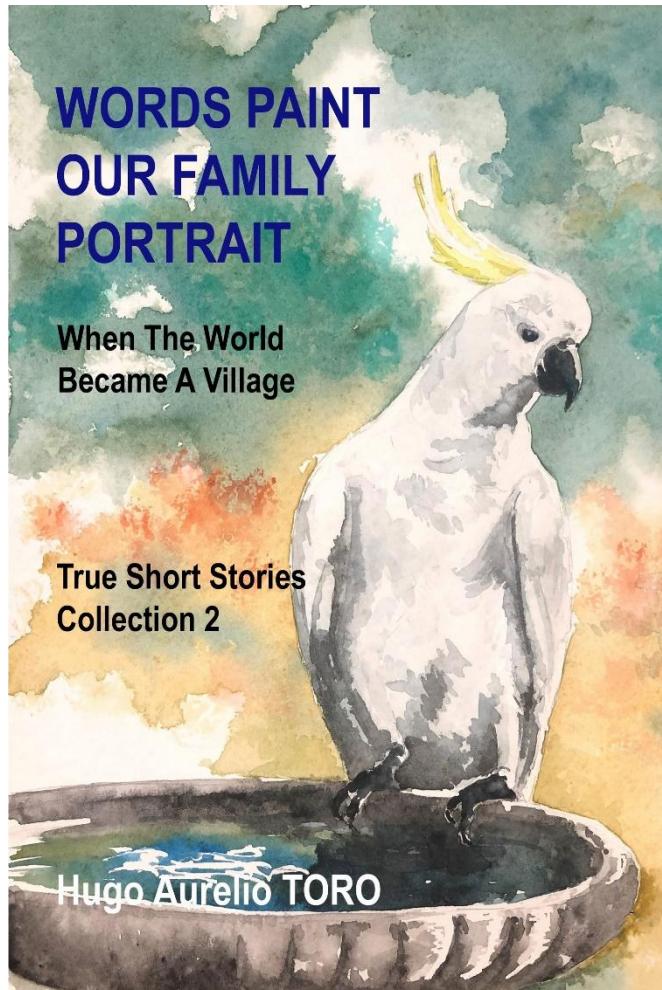


Un relato corto de esta colección.



Derechos de autor © Hugo Aurelio Toro 2024

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, fotocopiado o de otro tipo, sin permiso previo por escrito del autor.

Portada de Hugo Aurelio Toro.

Las fotos familiares son propiedad de Hugo Aurelio Toro.

La colección completa se encuentra utilizando:

ISBN 978-1-7635105-4-8 Libro electrónico

ISBN 978-1-7635105-7-9 tapa blanda

2.7) Nuestros Amigos Italianos

Un relato corto de Hugo Aurelio Toro



Los dos Hugo viajando juntos - Roma 2004.

Mi padre y yo viajamos juntos al extranjero, pero reservamos nuestros vuelos en horarios diferentes. Tenemos asientos separados y está bien porque somos compañeros maduros.

Nuestro avión despega sin problemas y me preparo para un largo vuelo de Australia a Italia. En mi mediana edad, el asiento del pasillo es un lujo bien merecido. La pasajera a mi lado se presenta. Es amable y mantenemos una conversación agradable.

Con el respaldo del asiento, mis ojos están pesados y empiezan a cerrarse. Es una de esas cosas agradables en la vida en las que tu cuerpo se vuelve ligero y los sonidos se desvanecen. La azafata interrumpe mi siesta. Se inclina hacia adelante con un mensaje.

'Disculpe, su padre tiene un asiento vacío a su lado y quiere que se siente con él.' Signos de confusión y posiblemente diversión se dibujan en su rostro al contemplar el rostro de un hombre claramente de cuarenta y tantos años.

'No, gracias. Por favor, hazle saber que estoy cómoda aquí', le respondo y vuelvo a cerrar los ojos. Se va a entregar mi mensaje. En secreto, estoy satisfecho con mi respuesta firme.

Ella vuelve poco después y insiste en que él realmente quiere que me siente con él. Mi padre está en modo parental completo y elige olvidar que ya no soy un niño. Cuando llego a mi padre, me recibe con una amplia sonrisa. No sé si está contento de haberse salido con la suya o contento de verme unirme a él. Naturalmente, él está en el asiento del pasillo, lo que me deja sin más opción que sentarme en el asiento del medio.

Mientras me siento con los ojos muy abiertos, apretada entre él y un desconocido durante todo el vuelo, mi padre se queda dormido en un dichoso sueño.

Tres meses antes, me informaron de que mi contrato con PricewaterhouseCoopers terminaba a finales de 2004. Debería haberme estresado por mi próximo contrato, pero en cambio esperaba con ganas un descanso tras cinco años en la empresa. Surgió una oportunidad inesperada de viajar con mi padre.

Normalmente, los niños maduros ponen cualquier excusa para evitar viajar con sus padres. En cambio, siento que si no aprovechamos la oportunidad para compartir tiempo y risas con nuestros padres, eso puede convertirse en un arrepentimiento. Tenemos una gran camaradería y seguimos en forma y sanos. Nuestros compañeros en casa han sido testigos de nuestra fuerte conexión, así que reciben nuestro viaje sin preocupaciones ni preocupaciones.

Mi padre y yo acordamos que es hora de reencontrarnos con amigos en Italia y familia en Chile. Después compramos billetes para vuelos alrededor del mundo porque son más económicos. Nos ofrecía opciones para paradas adicionales en el camino y para hacer turismo más extenso.

Reflexioné sobre cómo en los años 2000 el mundo se había convertido en un pueblo, con internet y la libertad de viajar a cualquier lugar de forma segura y rápida. Pudimos estar en contacto con familiares y amigos de todo el mundo por correo electrónico y desde nuestros móviles. Por primera vez en 2001, los smartphones podían conectarse inalámbricamente con una red 3G. ¡La conectividad había llegado!

Los orígenes de una amistad duradera

En Italia, tenemos dos generaciones de amigos. Están los padres que tienen la edad de mi padre y los hijos que tienen más de mi edad. A pesar de la distancia entre continentes, las conexiones con nuestros amigos son fuertes.

Era 1976, y mi madre Carmen y Franca trabajaban en un taller de fabricación de cortinas en Queanbeyan, en la calle principal. Estaban en un taller en el primer nivel sobre las tiendas. Como era típico de mi madre, hizo amigos e invitó a Franca y a su marido Auro a nuestra casa. Eran una pareja joven encantadora con dos hijos: una niña, Sabrina, y una bebé, Barbara. Habían emigrado recientemente de Italia. Habíamos emigrado de Chile cinco años antes, siendo una familia joven de seis miembros.

Nuestros nuevos amigos alquilaban un piso en la primera planta cerca de la estación de tren. Su bloque de apartamentos tenía un aspecto moderno y solo tenía tres plantas, con garajes en la planta baja. Vivíamos en una casa de alquiler de un solo nivel que tenía

un encanto típico de los años 30. Un pequeño patio nos daba la bienvenida en la entrada, justo después de una verja de hierro oxidada. La casa fue construida con ladrillo color chocolate, tejas de terracota rojas y marcos de ventanas de madera blanca.

Una característica de esta casa era el baño exterior y la lavandería bajo la casa. Las visitas nocturnas al baño asustaban a mis hermanas pequeñas. Mi madre hacía la colada en la oscura y húmeda lavandería que olía a jabón artesanal envejecido.

Los fines de semana, se convirtió en algo habitual que nuestras dos familias organizaran un picnic. Todos subieron al Valiant AP6 de mi padre y al Holden Rancho de Auro. Auro era una persona de la naturaleza que disfrutaba de la pesca y la caza. Mi padre se sentía identificado con él, ya que ambos tenían una naturaleza tranquila pero decidida y eran hombres de familia cariñosos. Nuestro vínculo se fortaleció con el tiempo que pasamos haciendo picnic junto al río Murrumbidgee y en la Reserva Natural de Tidbinbilla. Estas salidas fueron uno de los momentos destacados de nuestra semana. Jugamos juntos a juegos de pelota, exploramos los parques y las pozas rocosas junto al río.

Trágicamente, mientras cazaba cerdos asilvestrados para un propietario, Auro no logró cruzar el río con seguridad y encontró su final. La policía concluyó que el peso de sus balas lo mantenía inmovilizado y que su corazón se rindió ante la lucha por alcanzar la superficie en las heladas aguas de la montaña. Mi padre lo identificó en la morgue de la ciudad. Esto era algo terriblemente difícil para él. Sentía mucho cariño por su amigo.

Franka y sus hijas estaban en un estado severo de tristeza y shock. Decidieron regresar a Italia para estar con su familia.

Mi padre y la familia italiana se mantuvieron conectados, y la fuerza de la amistad sobrevivió al tiempo y a la distancia. Cuando mi madre falleció en 1986, nos aseguramos de que su amiga que hacía las cortinas, Franca, fuera una de las primeras en ser notificada.

Cuando las hijas de Franka crecieron y se casaron, hicieron el viaje a Australia con sus maridos. Visitaron a mi padre y los lugares donde vivieron de niños.

En Italia

Al llegar a Roma, el nuevo marido de Franka, Geraldo, nos recoge en el aeropuerto. Es la primera vez que le conocemos, pero nos recibe con calidez, como si fuéramos viejos amigos.

Nos alojamos en su casa durante cuatro días en la ciudad de Velletri, situada a cuarenta kilómetros al sureste de Roma. Sara, su hija pequeña, nos cedió amablemente su habitación durante nuestra visita. Los jóvenes de la familia también son acogedores y nos muestran el distrito de Lacio. Me sentí bien volver a ver a la familia y ponernos al día. Velletri es una ciudad fortaleza prerromana de la tribu volksa, llena de historia, y tenemos la suerte de experimentar la vida doméstica italiana moderna en su interior.

Las calles adoquinadas de Velletri son estrechas. Pintorescos edificios históricos y fachadas de tiendas rodean las sinuosas calles. Patios y fuentes aparecen de repente para revelar iglesias que han permanecido en pie durante siglos. Un café nos llama con sus aromas ricos y flotantes. Nos sentamos allí con nuestros amigos, disfrutando del ambiente.

Estas experiencias culturales nos resultan agradablemente familiares porque tenemos nuestras propias influencias europeas. Mi bisabuela era de Sicilia y, aunque mi padre tiene una fuerte herencia española, aprendió a hablar italiano con fluidez.

La naturaleza de esta región es fresca y abundante. Las laderas y valles inferiores de las colinas son fértiles. Dentro de las murallas de la ciudad fortaleza, la tierra es escasa. Geraldo hizo bien en adquirir la manzana junto a su casa elevada. Está construyendo un jardín con vistas al valle y a las montañas lejanas. Es un jardín tranquilo y reconfortante para disfrutar.

Compartimos comidas caseras y conversaciones nocturnas con la familia en Velletri. Nos reconnectamos y consolidamos los lazos de amistad. Al final de nuestra estancia, con un poco de tristeza, nos despedimos y nos vamos en tren a Nápoles para explorar.

'Debes estar alerta en Nápoles', explica Geraldo, refiriéndose a la alta tasa de criminalidad en la ciudad.

Con sus palabras en mente, en la estación de tren Naples Centrale, guardo nuestro equipaje mientras mi padre busca un taxi fuera. En ese momento, un turista distraído recibe un puñetazo en la cara, justo delante de mí. Ella tropieza hacia atrás bajo el impacto y grita de sorpresa y dolor mientras intenta alcanzarse la cara. Los ladrones desaparecen en un instante con sus bolsas. Me quedo con mis maletas temiendo que me intente volver a las bolsas de turista. Otros acuden en su ayuda y una multitud forma un círculo mientras la consuelan, y esperan a que llegue la policía.

En las calles hay un caos absoluto del tráfico y ni un taxi a la vista. Concluimos que nuestro alojamiento está lo suficientemente cerca como para llegar andando. Está a dos o tres kilómetros de distancia. Mi padre camina muy bien, así que se adelanta tirando de su equipaje sin esfuerzo. Intento mantener el ritmo de mi tobillo defectuoso que me fracturé jugando al fútbol americano. Aunque mi tobillo se ha recuperado, todavía me duele caminar con mi padre.

Bajamos caminando hasta la orilla del golfo de Nápoles y nos unimos a la explanada. Allí avistamos el antiguo Castel dell'Ovo a la orilla del agua. Volveremos otro día para visitar esta fortaleza de mediados del siglo V. Al final de la explanada en la Via Mergellina tomamos el Funicolare Centrale, las cuatro estaciones que suben hasta llegar a nuestro hotel elevado. Esa gran canción *de los años 50 'Funiculi Funicula'* zumbaba en mi cabeza. Me siento privilegiado de experimentar el mismo logro mecánico que inspiró esta popular canción latina hace tantos años.

Una vez instalados en nuestro hotel en la colina, exploramos los lugares y descubrimos que Nápoles es una ciudad encantadora. Las calles están llenas de historia y arquitectura patrimonial. Los barcos pesqueros llegan a la orilla en el puerto, vendiendo pescado fresco. Los gatos callejeros se unen a la gente en la rampa de barcos de la explanada, esperando a que llegue la captura fresca. Rápidamente se instala un mini mercado de pescado en el aparcamiento cercano.

Por la noche, disfrutamos de placeres sencillos, como una pizza en una pizzería de verdad en una calle trasera. Pedimos la original y, por supuesto, la mejor, una pizza de Napolitana. La conversación con mi padre es activa y madura, pero familiar y cercana a casa. Hablamos de temas que afectan a la familia, la economía, el cambio social e incluso cuestiones mundiales. Verifica todos los hechos, y los cotilleos no le interesan. Valoro mucho sus profundizaciones profundas.

En una excursión de un día, viajamos en tren hasta las ruinas de Pompeya. De cerca, el Vesubio parece amenazante. Fijo la mirada en la montaña y me pregunto, *¿es eso un fuego de hierba levantando humo blanco sobre la montaña o es humo volcánico?* En el lugar, continúan las excavaciones arqueológicas, descubriendose más tesoros cada día. El día pasa rápido mientras exploramos las ruinas de la ciudad. Recorremos las calles excavadas en un estado de reposo, atravesando donde una antigua civilización bulliciosa se desplazó hace unos dos mil años sobre los adoquines.

Una excursión de un día nos lleva a Roma, donde nos encontramos junto al Coliseo, admirando la antigua estructura. La reparación en los muros curvados exteriores, con ladrillos modernos de arcilla, es valiente pero descaradamente fuera de lugar.

En los callejones traseros de Roma, descubrimos que cuanto más lejos estás de la ruta turística, mejor es la relación calidad-precio. Compramos un almuerzo sabroso y económico en una charcutería en las calles traseras. La dependienta nos prepara un bocadillo de baguette italiana, relleno de carnes procesadas, queso y otras delicias. Tenemos hambre de caminar toda la mañana y esperamos con expectación.

Nos sentamos a la sombra en un muro bajo junto a la acera para comer. Nos acompañan coloridas motos aparcadas, agrupadas como flores decorando la calle lateral.

Madrid es nuestra próxima parada. Tenemos el Museo del Prado en nuestro horario.

En España

El Museo del Prado es un edificio impresionante diseñado en 1785 por Juan de Villanueva. Se abrió al público como museo en 1819.

Absorbemos todas las obras maestras que rara vez se ven en la vida de una persona común. Las obras maestras de Goya me atraen. Van desde temas alegres jugando en una excursión al campo (El columpio), hasta las ejecuciones que muestran la resistencia española a Napoleón (El 3 de mayo de 1808).

Mientras observo a la gente, noto a hombres españoles que podrían ser gemelos o hermanos de mi padre. Es posible que esté imaginando demasiado el parecido, ya que ahora estoy sintonizado con nuestra propia herencia española.

Tras una breve estancia en España, partimos hacia Chile para visitar a la familia.

Lazos familiares en Chile

En Santiago, nos quedamos con mi tía Teofila, la hermana mayor de mi padre. Posee una modesta casa de campo en las afueras de la ciudad. Allí vive con su hijo, Dagoberto, que sufrió polio de niño, y su criada de toda la vida, Rina, considerada su hija adoptiva.

Es una casita agradable con una rica historia familiar. El retrato de mi abuelo, José Toro, el marinero chileno, cuelga en la pared. Saqué una foto digital de esa foto, ya que era la única conexión que teníamos con él. Murió de cáncer de estómago cuando mi padre era niño.

A pesar de los años que han pasado, o quizás por ello, la familia de mi padre nos recibe con alegría. Está deseando ponerse al día con su hermana y hermanos. El paseo desde la estación de tren hasta la casa de mi tía en Santiago es un paseo corto y familiar. Pasamos por las tiendas locales y por la finca, que consta de cientos de villas de ladrillo rojo que comparten el mismo diseño. Algunas son de dos plantas, y otras de una sola planta, pero a tres calles de la calle empiezan a parecerse. Hay alivio cuando vemos a Rina esperándonos en la esquina. Nos ha estado esperando con una anticipación genuina.

Tras un día de descanso, nos organizan una barbacoa y los familiares empiezan a llegar a última hora de la tarde. Cuatro generaciones se apretujan en el jardín de la cabaña de mi tía, en la parte trasera de la casa, donde se han puesto mesas largamente extendidas. Serpentinias coloridas cruzan sobre nosotros de pared en pared. Risas y alegría llenan el patio hasta bien entrada la noche.

Teofila ha envejecido mucho desde la última vez que la vimos. Me lleva a ver a su abogado para enmendar su testamento. Quiere que cuide de mi prima cuando fallezca. Ha estado en silla

de ruedas toda su vida y necesitará cuidados hasta la vejez. Quiero mucho a mi primo y entiendo lo que mi tía quiere que haga, pero me doy cuenta de que desde el otro lado del océano será difícil. Acepto que me incluyan en su testamento, ya que sé que una madre de un niño discapacitado necesita tranquilidad más allá de su fallecimiento.

La familia de mi madre también es acogedora, y mi padre está disponible para recibirles a pesar de las diferencias de opinión duraderas. Cada miembro mayor de la familia recibe su visita. Visito a mis tíos y tías con el entendimiento de que quizás vea a estos ancianos por última vez.

Me alegra de que volvamos a ver a mi tío Roberto, que se casó con la hermana menor de mi madre, Mireya. Es un caballero divertido y consumado. Mi padre era cercano a Roberto cuando eran jóvenes.

La historia dice que a principios de los años 60 viajaron en moto desde Santiago hasta la costa. La familia había quedado para encontrarse en la cabaña costera del abuelo para pasar un fin de semana junto al mar. El viaje consistió en aproximadamente 200 kilómetros de carreteras estrechas y sinuosas que descendían hasta el océano. Mi padre era el pasajero aterrorizado en la espalda.

En esta visita, Roberto está frágil y sufre una afección cardíaca. Nos confiesa que, sin seguro médico privado, a menudo tiene que saltarse la medicación para el corazón.

Pasamos tiempo con la familia y volvemos a ser testigos de sus lazos amorosos. Tengo una conexión muy fuerte con mis primas Mireya y Cecilia desde que éramos niñas. Poco después de nuestra visita, el tío Roberto falleció lamentablemente.

De vuelta en Australia

Este viaje con mi padre me deja lleno de alegría. De vuelta en casa, proceso con calma y constancia estos días tanpreciados con mi padre, nuestra familia y nuestros amigos. Todas las interacciones son especiales y despiertan recuerdos preciados que calientan el alma.

El vínculo con nuestros amigos italianos es ahora más fuerte que antes. Nos comunicamos regularmente y realmente somos familia extensa. El vínculo con los familiares chilenos es igual de valioso y duradero.

Me alegra de que hayamos emprendido esta aventura juntos.